

La primera generación mestiza del Perú y una causa de su mal renombre

Por José Antonio del Busto Duthurburu

Siempre que hallamos una opinión quinientista sobre los primeros mestizos, sabemos de antemano que tal juicio no los favorece, más aún, que los denigra. No se trata sólo del Perú, la mala fama de los primeros mestizos se extiende a todas las Indias del Mar Océano. El investigador decepcionado se pregunta el por qué, mas su curiosidad no obtiene ninguna respuesta. Cuando mucho percibe opiniones que partiendo de la mezcla de razas —en su sentido arcaico, negativo y derrotista, vale decir, en su sentido equívoco— evitan cimentarse en José Arturo de Gobineau y su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. No citan a este autor para no identificarse con una escuela caduca, pero los planteamientos nos llevan a reconocer por padre de las opiniones al diplomático francés. Lo cierto es que, además de falsa, tal corriente no ha explicado nada, excepto el orgullo de la raza aria. La realidad mestiza indiana, más concretamente, la del Perú del Siglo XVI, exige una investigación moderna, profunda y seria que nos adentre en el espinoso terreno. Nosotros, tratando de alcanzar parcialmente la verdad —pues lograrla plenamente sería mucha ambición dada la magnitud del problema— creemos que gran parte del mal radicó en el ambiente social de ese Siglo, ambiente al que no pudieron escapar los mestizos. No pretendemos justificar, solamente explicar. Queremos hacer ver que los mestizos peruleros del XVI tuvieron muchísimos defectos, pero que todos ellos —más que del hombre— brotaron de la realidad que lo rodeaba. Una causa ambiental, pues, sería la culpable de casi todo.

El asunto, si queremos darle nombre técnico, pertenece a la psicología. Hagamos historia y nos acercaremos al núcleo. El padre del mestizo perulero es casi siempre un soldado español que está de paso,

la madre una india del lugar, que permanece. En estas condiciones el niño crece y se logra con todas las características de un hijo "abandónico" (1). Es ni más ni menos que un huérfano de padre, pero con el padre vivo. En los peores casos, como en los tiempos primitivos de la promiscuidad sexual, el niño no sabe quien fue su padre. Y decimos "fue", porque aunque el progenitor vive, es como si estuviera muerto, no lo ha visto nunca o no lo vuelve a ver más. De estos mestizos existieron muchos, nos atrevemos a decir que fueron la mayoría. No hay que dejarse impresionar por los *Comentarios Reales de los Incas* y sus mestizos privilegiados. De éstos nos ocuparemos después. Nos referimos ahora a esos mestizos regados por el camino que siguió la hueste, hijos de tentación y pecado, frutos de lujuria y de violencia. Si fueron mestizos de raza, jamás lo fueron de pensamiento. Murieron como tantos indios más, sus hermanos uterinos de generación. Estos, pues, casi no hicieron historia. Nacieron, vivieron y finaron sin dejar huella de sí. Ningún documento los menciona; su descendencia se confunde con la raza aborígen. Su cultura es india, también su personalidad, salvo algún rasgo imperceptible e inútil que el tiempo y el ambiente se encargaron de borrar. Esta primera clase de mestizos termina sin pena ni gloria. Y no se olvide que fueron los más (2).

Pasemos a la segunda clase, la de los mestizos privilegiados. Estos tienen padre y madre conocidos, pero que no han llegado a casar. La madre se cree esposa, el padre la sabe su manceba. Casi puede decirse que han formado un hogar. Ella no es una forzada sino una seducida. Muchas veces empezó creyendo al español un dios y se entregó

1. Guex, Germaine... *La neurosis de abandono*.— Buenos Aires, imprenta de La Prensa Médica Argentina, 1964.— Cap. I, pp. 49 a 60.— Según este autor, "abandónico" no es sólo el que carece del afecto paterno o materno, sino el que teme perder el amor que le brindan los pocos seres que le quedan en su vida afectiva. Este es el motivo por el que los mestizos que historiamos se aferran al amor de la madre, por ser el único que les queda, aunque en este primer grupo de mestizos todavía juega un papel nivelador la familia avuncular, quien presenta como modelo viril al tío materno. Sobre estos sustitutos paternos véase: Flugel, J. C... *Psicoanálisis de la Familia*.— Buenos Aires, imprenta Macland, 1961. caps. X y XI.

2. Los soldados españoles, tan austeros y hasta respetables en la senectud, fueron grandes pecadores en materia de mujeres. No incurrieron en aberraciones sexuales, pero su pecar fue prematuro y continuo. El único freno ajeno a un principio superior lo constituyó el temor a las bubas, pero esto no fue óbice para que siempre vivieran amancebados con indias. Poseemos un documento que marcaría la edad en que éstas, a juicio de los soldados españoles, podían ya ser iniciadas en la práctica sexual. Es una edad que no se da en años sino que se mide por la firmeza de las extremidades inferiores, golpeadas por detrás sorpresivamente con una capa plegada. Si la muchacha no resistía el golpe y caía, aún no estaba apta para el trato carnal; pero si sometida a la prueba permanecía de pie, acusaba la madurez anatómica necesaria para ser manceba. La "prueba de la capa" parece venida desde Nueva Granada con los segundos conquistadores, pues con anterioridad nadie la menciona en el Perú. Los soldados de Pizarro raptaban directamente a las mujeres, guiándose por el apetito natural, siendo a partir de Cajamarca que a las muy hermosas las conservan prisioneras. Todas las demás volvieron donde sus padres y maridos. Estas son, y no las cautivas, las madres mayoritarias y desconocidas a quienes atrás nos referimos.

a él sin reparos. ¿Qué mujer no quiere tener por hijo a un semidios? En otros casos, más frecuentes en la realidad perulera, la india, a la par que la atracción física, ve en el blanco un hombre de cultura superior. Finalmente, será él quien la escoja para luego guardarla recluída y ella acepta el cautiverio con la alegre resignación de saberse la elegida. Hoy día entendemos todo esto a través de la psicología, pero los renacentistas —como el docto Pedro Mártir de Anglería— lo vieron a través de la concupiscencia: era tan pobre la mentalidad de la mujer, que —aún en materia de maridos— siempre prefería lo ajeno a lo propio (3).

Y los semidioses nacieron. No sacaron el color blanco de los padres ni el caoba oscuro de sus madres. Nacieron blanquecinos, como suele acontecer a los mestizos, después se oscurecieron a la luz del sol. Su advenimiento fue rodeado de admiración y respeto. Garcilaso cuenta *“que en aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español toda la parentela se juntava a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos”* (4).

Efectivamente, los primeros mestizos nacieron rodeados de curiosidad. Luego crecieron con el nombre de *“mesticicos”*, mostrando ser, desde un comienzo: inteligentes, astutos, traviosos, osados, aunque no propensos a la hilaridad. Circunscribiéndonos a la realidad del Cusco —la única conocida, mas no por eso válida para todo el Perú— tendríamos que la escuelita de primeras letras del canónigo Cuéllar les repartió azotes y lecciones mientras cantaban el *beaba*. Al final el maestro los encuentra hábiles y se lamenta de que tales alumnos no puedan continuar sus estudios en la universidad de Salamanca. Pero a los muchachos les importa poco. Prefieren vestir como españoles y cabalgar el equino de sus padres. Más tarde observarán los primeros bueyes traídos de Castilla, correrán temerariamente por los pasadizos secretos de Sacsahuamán, hundirán su dedo índice en el muslo podrido del Demonio de los Andes... Y todo esto dejando de acudir a la escuela. Los mestizos privilegiados del Cusco se sienten importantes por el mero hecho de no ser indios: llevan en sus venas sangre de español vencedor. Todo parece que los ayuda a vivir como españoles: hablan la lengua de Castilla, gustan carne de vaca y de carnero, prueban el salpicón, los duelos y los quebrantos, conocen las lentejas los viernes y saborean un palomino los domingos. En otras palabras, se tratan como hidalgos; por esto mismo no quieren trabajar. La guerra sí que les gusta, pero sus padres los mantienen lejos de las armas; a pesar de ello, todos saben apuntar

3. Martir de Anglería, Pedro... *Décadas del Nuevo Mundo*.— Buenos Aires imprenta de Bartolomé U. Chiesino, 1944.— Década VIII, lib. VIII, cap. II, p. 612.

4. Garcilaso Inca de la Vega. *Los Comentarios Reales de los Incas*, en: Salas, Alberto Mario... *Crónica Florida del Mestizaje de las Indias*.— Buenos Aires, imprenta Americalee, 1960.— Cap. IV, p. 120.

el arcabuz. Y continúan su vida muy contentos, proclamándose "mestizcos" a boca llena, por ser nombre impuesto por sus padres (5).

Pero en el crudo invierno andino, cuando sentados junto al fuego se hacía forzoso un cuento para distraerlos, no faltaba el pariente materno que traía a colación las perdidas antiguallas de los Incas. Y mientras las oían, los muchachos se arropaban en gruesos mantos indios, también masticaban *cancha* o maíz tostado. La madre, mientras tanto, estaría junto al grupo hilando o tejiendo. Tenía para todos sus hijos un enorme corazón. No poseía tantas luces como el español jefe de la familia. Ese sí que era culto y superior. Y los muchachos se irían a dormir pensando: ¡Qué hermoso era tener por padres un guerrero de gran cultura y una india de gran corazón! El hogar, así mirado, casi, casi era perfecto... (6).

De repente, se marchó el padre. Se fue a una nueva conquista donde encontraría otra india, o se marchó simplemente de la casa para unirse a una mujer blanca de Castilla, intrusa que llegaba tarde y dispuesta a apropiarse de unos bienes que no ayudó a ganar. Las mancebas

5. Garcilaso Inca de la Vega. *Op. cit.*— Lima, imprenta Gil, 1945.— Parte I, lib. IX, cap. XXXI, p. 202 del T. III.

Riva Agüero y Osma, José de la... *Por la Verdad, la Tradición y la Patria.*— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1938.— pp. 15 y 16.

Respecto a las comidas españolas debemos aclarar que por escasear la vaca y el carnero, tanto el salpicón como los duelos y quebrantos —comidas de hidalgo pobre según se puede ver en *El Quijote*— eran en el Perú viandas de lujo. Conozcamos su composición y apreciemos el por qué. Era el salpicón fiambre de carne picada, compuesto y aderezado con pimienta, sal, aceite, vinagre y cebolla, todo mezclado. Los duelos y quebrantos eran una fritada hecha con huevos y grosura de animales, plato recomendado por la Iglesia para la semiabstinencia de los sábados. Como se ve, eran platos de fiesta entre los conquistadores por llevar carne y no tenerla mucha. El último parece haberse hecho con sesos de llama, afición que casi extingue la especie en el Perú (véase: Santillán, Fernando de... *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas*, en: *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas.*— Buenos Aires, imprenta Pellegrini, 1950.— p. 76). Si bien la carne de vaca y carnero era de consumo particular, vale decir, casi no había expendio en carnicería, lo concerniente a las menestras corría a cuenta de los mercaderes y sus recuas, lo mismo las palomas, aves de consumo ocasional en las grandes fiestas del año. La paloma tuvo en el Perú la competencia de la perdiz india.

6. Un rasgo interesante de los felices mestizos de estos tiempos es su auto-identificación con la aristocracia cusqueña de la nueva era. Todavía no conocen rival que los destrone, son los únicos hijos de sus padres. En este sentido cultivan su "yo" de manera egoísta y singularizante; andando los años la vida les descubrirá un "nosotros" dolido y agresivo, humillado y revanchista (ver: López Martínez, Héctor... *Un motín de mestizos en 1567*, en *Mercurio Peruano*, Lima, marzo de 1962, núm. 419, p. 114). Herederos del individualismo español, los mestizos romperán con los hábitos masivos de los indios, con la disciplina, la responsabilidad y la coordinación de sus trabajos colectivos. Por este camino, el mestizo pocas veces descubre la eficiencia. Disgregados, inconexos por todo el Perú, los mestizos lograrán cohesión sólo en el Cusco. Lástima que a esta cohesión siguió un fracaso, porque de no haber sido así, la homogeneidad de su pensamiento hubiera logrado más rápidos progresos. Sobre este interesante aspecto psico-social puede verse: Mayer, K. B... *Clase y Sociedad.*— Buenos Aires, imprenta Macland, 1961—; también: Kunkel, F... y R. E. Dickerson. *La formación del carácter.*— Buenos Aires, imprenta Macland, 1959—; así mismo: Havighurst, Robert J... *Psicología Social* —Washington, 1962—.

se quedaron solas, los mestizos se miraron tristes... El resentimiento aflora en ellos por primera vez y un secreto odio a la madrastra se hará extensivo a los hijos que de a luz. Poco después, la pobreza toca la puerta de los mestizos. Se acabó el salpicón, los duelos y los quebrantos, tampoco hay lentejas, la olla suena a vacía sin la vaca y el carnero. ¡Y pensar que antes los domingos se comía palomino! Ahora, y todos los días, se comen tortas de maíz, camotes dulces y viandas con papa secada por el frío, también *choclos*; a la carne infrecuente de vacuno u ovejuno reemplaza el tampoco muy frecuente *charqui* de auquénido; al vino peninsular la *sora*, el terroso licor de maíz. No se diga nada de los paseos clandestinos a caballo y la ropa blanca de Castilla. Ha llegado el momento de dar un adiós a los paños de Segovia para cubrirse con bayeta de tela casero, trocar los borceguíes por las *ojotas*, en fin, vivir como un simple *hatun runa* (7).

De todo lo pasado la madre es lo único que queda. El mestizo se aferra a la figura materna casi con desesperación. La quiere con vehemencia, vela por ella. A su padre que se lo lleve el diablo, pero su madre es sagrada... La india agradece la fidelidad del hijo y lo engríe peligrosamente. Luego quiere educarlo como indio, pero pronto se da cuenta que el muchacho más que indio es español. Ahora sí que no sabe corregirlo, se siente desconcertada. Además, muchas cosas que antes las creía buenas son ahora censurables a la par que muchas cosas que eran censurables resultan lo mejor. Y la india, que tiene trastocado su mundo de valores, no sabe qué hacer. Y mientras decide tolera, consiente, permite ciertas maldades del pilluelo (8).

Esto es el principio. Después aparece esa etapa en que los hijos sub-valoran a quienes le dieron el ser. A la madre la ven buena pero inculta, al padre culto pero malo. Los muchachos todavía no son hombres pero están más fuertes que antes. A la madre la quieren más, pero se aprovechan de su corazón. La engañan con sus mimos y caricias;

7. Rotondo, Humberto... *Personalidad básica, dilemas y vida de familia de un grupo de mestizos*.— Lima, investigación del Departamento de Higiene Mental, Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social, s.a.— p. 22.— Este interesante estudio plantea para la melancolía mestiza una base económica. Todo hace ver que la pobreza y la disposición depresiva están íntimamente ligadas desde su comienzo racial en los mestizos. Esto y no otra cosa es lo que se vislumbra en *Los Comentarios Reales de los Incas*; también será esto lo que origine la rebelión de 1567.

8. Guex, Germaine... *Op. cit.* cap. I, pp. 49 a 60.— Este autor sostiene en su tesis sobre el abandono: "Obsesionado por el miedo de perder el amor, el abandonónico intenta con medidas de protección, ya sean positivas o negativas, ponerse a cubierto de esa desgracia, y sobre todo de la angustia que la acompaña. Entre las medidas de protección positivas citaremos la devoción y la esclavitud... Por esos mecanismos de "aferramiento", el abandonónico procura, a cualquier precio, mantener lo que tiene, conservar lo que posee". Sobre el particular creemos que la figura de la esclavitud no se da entre los mestizos quinientistas, en cambio, sí la de la devoción. Humberto Rotondo, en su estudio citado, descubre en la actualidad esta devoción por la figura materna (pp. 38 a 41). Precisamente, por ser la madre lo más vulnerable en la afectividad del mestizo creemos que —a diferencia de otros países europeos— el mestizo recurre a insultarla a su ad-

ella, como siempre, los sigue dejando crecer sin corrección. Ella los cree siempre buenos, ellos le ocultarán la verdad. Ella ve en cada hijo un exento de tributo, un hombre libre, el hijo del vencedor; los mestizos se educan solo en el regazo materno y, por tanto, su educación es incompleta. Les falta la mano dura del padre corrector, la mano que castigue y empuje, la que con el índice prohíba y con el puño amenace. Alguien puede pensar que la familia del mestizo no es tan desgraciada, que a falta de padre los muchachos encuentran su *modelo viril* en su tío materno. Falso, totalmente falso. La familia avuncular solo funciona cuando el padre y el tío materno poseen una cultura similar, comparable, equilibrada; por la razón contraria los mestizos aprecian a sus tíos uterinos pero no los respetan ni ellos se hacen respetar. Son tíos indios, nadie puede dar lo que no tiene...⁽⁹⁾.

El mestizo se desmanda: no hay padre, no hay tío, solo tiene una madre que tampoco puede guiarlo. La india —lo hemos dicho— tiene un caos moral en la cabeza. El hijo lo sabe, por eso no acata sus consejos. Los consejos maternos no sirven, son propios de otra época, ese tiempo ya pasó. De la madre su cariño y nada más. Y el mestizo crece sin límites ni cauces, no se forma sino se deforma, cultiva el capricho más que la voluntad, hace lo que le gusta, prefiere la ley del menor esfuerzo. Esta es la razón por la que los mestizos no trabajan y si lo hacen es por poco tiempo y en su oficio preferido: el de intérpretes. Todos los mestizos son *lenguas* y cobran por traducir. Pero fingiendo servir de nexo a los dos mundos de que proceden, sólo hacen aprovecharse de ellos. Los parientes indios siempre salen perdedores, los amigos del padre —acaso más malos que él— siempre tienen la razón. Es que los mestizos no sólo son abusivos sino también aduladores. Por

versario con facilidad y frecuencia. Otro rasgo interesante en los mestizos del XVI es su soltería. Pocos son los mestizos que llegan a casar, dándose el hecho tanto entre hombres como entre mujeres. Es otro punto en el que Germaine Guex nos ha llegado a convencer. Los *abandónicos*, según él, temen mostrarse como son, también temen decepcionar, disgustar, aburrir, cansar. Se torturan pensando que difícilmente pueden ser amados y se convencen de que si esto lo consiguen, pronto perderán el afecto del ser querido. A esto sigue, como consecuencia, una negativa a comprometerse, un rechazo de la responsabilidad en las relaciones afectivas, defensa y resistencia contra los impulsos interiores que los llevarían a tener confianza en los demás y, por consiguiente, a correr el riesgo de amar. Esto último es lo que se llama "*miedo del riesgo afectivo*". Esta inseguridad llevó a los mestizos quinientistas —además de su pobreza que les vedaba mantener un hogar— al forzado celibato (caso de las mujeres mestizas privilegiadas) o al desenfreno sexual edificado sobre el complejo viril (caso de los varones).

9. Respecto a la influencia del tío materno en la formación de la personalidad infantil, ya hemos dicho que —en el caso de los mestizos privilegiados— fue nula. Los muchachos habían tenido oportunidad de conocer a su padre, lo habían admirado y, por tanto, lo imitaban como su *modelo viril*. La figura del padre los absorbe, la del tío los distrae, les matiza la existencia. Siempre que el tío es comparado al padre, resulta perdedor. El tío sólo cumple un papel sentimental, evocador, nostálgico, que se identifica con el pasado. El tío es el pretérito; el padre el presente y el porvenir (véase: Wall W. D... *Educación y salud mental*.— Madrid, imprenta de la editorial Aguilar, 1963.— cap. II, pp. 21 a 25).

eso se inclinan siempre hacia el español. Por este mismo camino, acaso por recuperar un sitio perdido, transige con la mujer española, su madrastra. La saluda, la visita, termina aceptando una invitación que lo pone, en apariencia, codo a codo con sus hermanos criollos. El mestizo no tiene muy desarrollado el sentimiento de la honra y permanece horas en la casa de su padre observando a la mujer española. Antes la odiaba, ahora se conforma con negarle todo valor. No se explica como su progenitor se haya podido casar con ella, una mujer que no lo ayudó a ganar lo que tiene, que no sabe cocinar ni tejer, que no puede vivir sin las criadas, que todo el día ríe y canta esperando que se muera su marido para trocar el cántaro viejo por otro nuevo y mejor... Sus hermanos. Qué decir de sus hermanos, los hijos de la española. Tienen una arrogancia que hierde, su seguridad es autosuficiencia que se basa en el orgullo. Son los hijos legítimos y así se ha hecho constar en los libros parroquiales; el mayor lleva el nombre del padre; todos son blancos y hablan la lengua paterna sin el menor acento indígena. Ellos sí que viven con ropa fina, comiendo carne de vaca y de carnero... Si no fueran sus hermanos les diría que son unos intrusos, advenedizos, usurpadores, que sólo han nacido para desplazar a los mestizos, para hacerles mal ⁽¹⁰⁾.

Y los mestizos se sienten postergados, desheredados, dolidos, inferiores. Los españoles no comprenden su resentimiento y les achacan ánimos retorcidos, corazón alacranado. Por eso dicen que los mestizos no son nada bueno, que son envidiosos, mentirosos, necios, caprichosos, ociosos, viciosos, engañadores de sus tíos indios, que no gustan del esfuerzo constante y persiguen vivir como hidalgos españoles. Todo esto lo escuchan en silencio los mestizos. Finalmente, coinciden en que las diatribas son verdad —ellos lo saben mejor que nadie— y se amargan en lo más íntimo de su alma ⁽¹¹⁾.

Pero vienen las Guerras Civiles y suena el clarín del desquite. En las primeras luchas se conformaron con ver desde una ventana o acompañar a su padre hasta el mismo campo de batalla para volver a la ciudad con la victoria, en las ancas del caballo de su progenitor. Otras

10. La psicología de un niño incomprendido ante una madrastra usurpadora y los hermanastros desplazadores, no llevan a otro modo de pensar. Los más tradicionales cuentos infantiles se ocupan de los sentimientos de dolor que tales situaciones despiertan.

11. La oposición no se contentará con venir de los españoles sino que entre los mismos mestizos se dará, obedeciendo a rivalidades subconscientes por razón de nacimiento. Humberto Rotondo ha descubierto estas opiniones negativas en los mestizos de la costa y de la sierra. Para los primeros son los segundos difíciles, sucios, antipáticos, envidiosos y malos; para éstos son aquellos, malos, flojos y vivos. Ya en el XVI empieza esta realidad, por lo que unos y otros ya se insultan llamándose mestizos, cosa que hoy siguen haciendo al acusarse de cholos. Qué distinta la intención de Garcilaso: "A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones, fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él" (Comentarios... Parte I, lib. IX, cap. XXXI).

veces serán ellos los que traigan al caballo de la brida con su dueño atravesado en la silla, caribajos y llorosos, por el trágico final. Pero en las últimas Guerras Civiles, más concretamente, en la de Francisco Hernández Girón, los mestizos tienen ya dieciocho o veinte años y los españoles los reclaman para empuñar las armas. Los mestizos se muestran indolentes, pero si los acicatean todos saben que son atrevidos, osados, terribles con el arcabuz. Además, sirven para convencer a los indios que den comida y cargueros, hierba para los caballos... Y la tropilla maldiciente de soldados consigue su adhesión, luego parte hacia algún lugar de la cordillera. Se cruzan punas, pueblos, perdidos, por fin se avista el campo de batalla. A una señal descabalgan los mestizos y desenfundan el arcabuz, sacan la pólvora del odre, cortan la mecha y la encienden. Con el arma apoyada en la horquilla de hierro esperan la orden de fuego. El capitán de arcabuceros la grita y en desorden, con ruido seco y mucho humo, dispara el mestizo su arcabuz. Indolentes, como si la munición de su armas no hiciera daño, los mestizos siguen disparando. Su poca barba y bigote están sucios de pólvora, pero sus dedos del color de la madera sostienen el escopetón pesado haciéndolo vomitar pelotas de plomo. También tiran del otro lado. Los mestizos matan y son matados, por primera vez en la historia del reino estaban de igual a igual con los soldados españoles: la muerte no escoge raza (12).

Si ganan la guerra se vuelven insoportables, si la pierden, se tornan delincuentes fugitivos. En este último caso el mestizo corre a refugiarse entre sus parientes indios. Los roba, los *ranchea*, no es por causarles daño, tiene que subsistir, si no hace aquello se muere de hambre. Esto porque los parientes maternos ya están desengañados. Ese muchacho casi blanco no era un semidios, es un hombre explotador, atrabiliario, ladrón, que se identifica con los conquistadores barbudos; es el verdugo de la raza de su madre. Los mestizos se dan cuenta que están cosechando lo que sembraron años ha y tienen que salir del poblado aborígen. Y cabalgando un mal caballo, errantes por los caminos, siguen cometiendo tropelías (13).

12. La investigación documental acusa que en la guerra de Salinas no intervinieron los mestizos en manera alguna, igual que en la de Chupas, no obstante que en ella fue caudillo Almagro el Mozo, primer gobernante mestizo del Perú, aunque no mestizo perulero por ser nacido en Panamá. En la Gran Rebelión es donde comienzan a figurar, primero como pajes de sus padres, después como militantes activos. La batalla de Huarina sería un ejemplo de lo primero, la de Jaquijahuana, de lo segundo. Es en la guerra de Girón donde los mestizos cobran figuración. Chuquina y Pucará son batallas con mestizos peruleros. El ejemplo de Juan Arias Maldonado no es aislado ni, mucho menos, el único (ver: Busto Duthurburu, José Antonio del... **Maldonado el Rico, Señor de los Andahuaylas**, en Revista Histórica, Lima, 1962-1963, T. XXVI, pp. 128 a 145).

13. Garcilaso Inca de la Vega. **Op. cit.** Parte II, lib. VIII, cap. XVII, p. 368 del T. VI.— No siempre los mestizos huirán de sus parientes indios, sino que al verse perseguidos por la justicia española, recurrirán a ellos y éstos los ocultarán en sus pueblos. La odisea de los fugitivos dió pie a muchos abusos en los pue-

Los españoles tampoco los han olvidado. Ahora, después de servir-se de ellos, los culpan de las guerras pasadas. Cieza es quien nos dice: *"No eche nadie la culpa, no, de las cosas que en el Perú pasaron... sino a los grandes pecados que cometían las gentes que en él estaban; pues yo conocí algunos vecinos que en sus mançebas tenían pasadas de quince hijos; y muchos dejaban a sus mujeres en España quince y veinte años y se están amancebados con una india, haciendo la cumpleza de su natural mujer. Y así como los cristianos e indios pecaban grandemente, así el castigo y fortuna fue general"* (14). ¡Lo único que faltaba!

Si de verdad era Dios el que había desencadenado las guerras por culpa de los mestizos, Dios era muy injusto. Ya sabían que era exigente, pues antes les había ordenado honrar por igual al padre y a la madre; con la madre no había problema, siempre había sido buena y merecía lo mejor; pero honrar de corazón al padre resultaba poco menos que imposible. No se podía, pues, honrar por igual a los dos. La dura religión católica no siempre había favorecido a los mestizos. Sus clérigos y frailes habían hecho lo indecible para que los soldados españoles abandonaran a sus mujeres indias, llamándolos pecadores, concubinarios; ellos, los hombres de sotana habían pedido que vinieran al Perú las mujeres de Castilla so color de acabar con la vida irregular de los encomenderos y llevarlos a la costumbre sacramental del matrimonio. Y mientras los tonsurados se habían hecho los imprescindibles en el nuevo hogar, asistiendo a sus banquetes y bendiciendo sus mesas, la india en el suyo estaba sola, casi sin nada qué comer, camino de hacerse vieja. No había comparación, mientras en la casa de la blanca el clérigo servía como capellán de la familia, en casa de la cobriza solo entraba

blo de aborígenes. Sobre los abusos de los mestizos hay bastante documentación en el siglo XVI, no así para lo que concierne al desquite de los naturales. Una de las pocas anécdotas sobre esto último es la que trae en su Refutación a Las Casas el tratadista Vargas Machuca: "diré lo que sucedió a un cacique: que pasando por su pueblo un mestizo, hijo de un español y de india, gente que está respetada por españoles, un indio de aquel pueblo a quien el mestizo debía cien pesos, como no los pudiese cobrar, se fue al cacique, y dándole cuenta d'ello y pidiéndole mandáse pagar, el cacique lo envió a llamar con un alguacil al tambo o mesón donde se apeó, y como viese que el cacique le llamaba y mandaba pareciese ante él, se rió mucho como lo hiciera otro cualquier mestizo o español, por ser cosa extraordinaria convencerlos ante justicia de indios, y riéndole, respondió con palabras ásperas que si quería algo el cacique que viniese al tambo, y esto en modo de fiero. Sabida la respuesta por el cacique, envió a uno de los alcaldes con más de cincuenta indios al cual, y aunque se resistió, lo trajeron atadas las manos, y puéstole la demanda en su presencia y él con bizarría confesando la deuda, le echó en un cepo y le condenó a que pague la mitad d'ella antesque saliese d'el por lo que tenía de indio y por la otra mitad lo remitía al corregidor de españoles más cercano para que en el caso hiciese justicia por lo que le tocaba de español. El mestizo, pronunciada esta sentencia, despachó a el audiencia real querellándose del cacique; sabido el caso por los oidores e informados bien, confirmaron la sentencia, la cual se solemnizó mucho porque el cacique mostró en ella gran sutileza".

14. Cieza de León, Pedro... Tercer libro de las Guerras Civiles del Perú, en: Salas, Alberto Mario... Op. cit. cap. IV, p. 124.

cuando ésta estaba enferma, moribunda, para oírle sus pecados y ponerle aceite en la frente. También ellos, los mestizos, estaban siempre en desventaja frente a los hijos de su madrastra, desventaja, por cierto, propiciada por la Iglesia. Por ser hijos bastardos, estaban vedados de surgir dentro de ella; si alguno quería ser fraile, le ponía mil tropiezos por causa de su origen irregular; en cambio, si sus hermanos criollos lo deseaban, las puertas de los conventos estaban siempre abiertas... Dios, pues, no se había portado bien con los mestizos. No es que Dios fuera malo, pero tenía preferencia por los bien nacidos (¹⁵).

A estas alturas ya los mestizos saben lo que son, pero no saben lo que quieren. Están descontentos y pretenden romper con la realidad social que los aplasta. Ya se acabaron las guerras, ni siquiera tienen ya oportunidad de disparar el arcabuz, arma con la que han ganado tanta fama. Algunos no soportan la paz ociosa, improductiva, y sientan plaza de soldados en las entradas que se perfilan. Las jornadas a la selva suelen ser acogedoras de mestizos y hacia ella marchan los bronceados hijos ilegítimos con el arcabuz al hombro. Los gobernadores Juan de Salinas, Melchor Vásquez Dávila y Pedro de Ursúa junto con Gómez Arias y Antón de Gatos les brindan enorme simpatía. Los soldados mestizos son buenos sufridores de trabajo, se familiarizan pronto con los selvícolas, tienen un instinto especial para orientarse en la maleza... Y la expedición parte río abajo en bergantines, chatas y canoas. Atrás, en la orilla quedan los mestizos que no se han decidido a partir; son los que prefieren hartarse de chicha y de maíz, masticar coca, vestir la bayeta colorada y frecuentar a los indios; muchos de éstos ganaban maravedís como herbolarios, también practicaban la brujería (¹⁶).

Los que se van se mueren o terminan radicados en Venezuela y Nueva Granada; los que se quedan son un lastre para el Perú. Sólo los mestizos del Cusco, hijos de princesas incaicas y encomenderos españoles, integran un grupo mejor. Jactanciosos, insolentes, agresivos, no se resignan a ser indios disfrazados de español, tampoco a ser españoles que viven como indios. En realidad, no son ni lo uno ni lo otro, son mestizos y, aunque los llamen mulatos de blanco e india, a todos consta

15. Esta apreciación del cristianismo rezaba sólo para los mestizos ilegítimos, por la especial cautela que siempre tuvo la Iglesia ante los hijos extramatrimoniales. No rezó, en cambio, con el mestizo Diego de Alcobaza, hijo legítimo de Juan de Alcobaza, el ayo de Garcilaso; tampoco con esa hija del cronista Juan de Betanzos, que fue monja en Santa Clara del Cusco. La Iglesia, pues, no se oponía a que los mestizos vistieran hábito, pero prefería la procedencia legítima por razones que la experiencia refuerza.

16. Estos últimos mestizos tuvieron un fiel representante en Juan de Alconchel, el hijo del trompeta de Vilcaconga, de quien se ocupa José Toribio Medina en su *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima* (Santiago de Chile, imprenta Nascimento, 1956; T. I, pp. 204 a 248). Algo parecido, pero en terrenos femeniles, vino a serlo la famosa doña Inés de Atienza, hija mestiza del conquistador Blas de Atienza, manceba de más de uno en la jornada de los Maraños. Esta fue otra víctima del abandono y, por desgracia, la mestiza más popular del Siglo XVI.

que son algo mejor. Mulatos, los hijos del negro esclavo; ellos son mestizos. Y pronuncian el nombre con orgullo, acaso porque se lo impusieron sus padres. Se conocen fuertes porque se saben muchos, se codean con españoles, todos se tratan por su apellido paterno. No reniegan de su sangre española, pero tampoco niegan su ancestro indio. Además, se saben portadores de algo: de la sangre imperial de sus abuelos maternos. Ellos son los nietos de esos Incas que ya eran emperadores cuando sólo era rey el monarca de Castilla. La vanidad selecciona a estos mestizos reales, fruto de mejores tiempos es el que sabe leer y escribir, culturalmente pueden estar por encima de muchos soldados españoles que proceden de la villanía. Pero lo que más halaga y une a estos mestizos es el saberse herederos de la tierra perulera. En primer lugar, el Perú les viene por sus abuelos Incas, en segundo, por sus padres conquistadores. Es una herencia que desciende a ellos por dos lados, y como están pobres no faltan descontentos que se los recuerde al oído: "*Cómo se sufre que anden ellos muertos de hambre habiendo sus padres ganado esta tierra*" (17).

La nueva casta toma conciencia de sí y parece acercarse a un concepto de nación mestiza. Los mestizos, aunque desunidos, son hermanos y se llaman "*montañeses*" (18) y "*senízaros*" (19); hablan de hacerse fuertes hasta el punto "*que pusiesen espanto en sus enemigos*" (20) y al grito de "*Surgé Lázaro*" (21) pretenden resucitar a la nueva vida. Su

17. Salas, Alberto Mario... Op. cit. cap. IV, p. 137.

18. López Martínez, Héctor... Op. cit. p. 114.— Sobre este curioso apelativo se extiende bastante el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales* (Parte I, lib. IX, cap. XXXI). Dice allí, luego de ocuparse del nombre de mestizo como menosprecio: "De donde nació que hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre montañés, que entre otras ofrendas y menosprecios que dellos hizo un poderoso, les impuso en lugar del nombre mestizo. Y no consideran que aunque en España el nombre montañés sea apellido honroso por los privilegios que se dieron a los naturales de las mntañas de Asturias y Vizcaya, llamándose a otro cualquiera que no sea natural de aquellas provincias, es nombre vituperoso; porque en propia significación quiere decir cosa de montaña, como lo dice en su vocabulario el gran maestro Antonio de Lebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España. Y en la lengua general del Perú para decir montañés dicen sacharuna, que en propia significación quiere decir salvaje; y por llamarles aquel buen hombre disimuladamente salvajes les llamó montañeses; y mis parientes no entendiendo la malicia del imponedor, se precian de su afrenta, habiéndola de huir y abominar, y llamarse como nuestros padres nos llamaban, y no recibir nuevos nombres afrentosos".

19. Loc. cit. La palabra "senizaro" puede ser "cenizaro" (árbol de ancha copa, de la familia de las mimosáceas, que se cubre de flores rosadas o rojas, según la variedad, y cuya fruta, en vainas, sirve de alimento al ganado. Su madera es dura y fina); pero nosotros nos inclinamos por creer que era "jenizaros" (del turco *yeniyerik*), nombre de los guardias del Gran Turco que habían cobrado fama como soldados de infantería. Esto, por lo que el nombre encerraba de bravucón y agresivo, porque también se entendía por "jenizaro" al hijo de padres de diversa nación, como de española y francés, o al contrario. Significaba mezclado de dos especies de cosas y también se aplicaba al descendiente de cambujo y china, o de chino y cambuja. En síntesis, equivalía a mestizo.

20. Loc. cit.

21. Loc. cit. La frase está referida a la resurrección de Lázaro por Jesucristo, y equivalía a la resurrección de los mestizos luego de la muerte social a que habían sido condenados a través de disminuciones y vejámenes.

dominio del arcabuz los induce a ser rebeldes: son los mejores arcabuceros de la tierra y asustan a los españoles diciéndoles que piensan poner sus armas de fuego a disposición del Inca alzado de Vilcabamba. Los españoles se acobardan y alguno exclama: "*¡Voto al diablo, que no lo acabo de entender, que estos mestizos son muchos y malvados y han de hacer alguna vellaquería*" (22). Otro se consuela comentando: "*la vellaquería será beber botijas de chicha y matar alguno a traición*" (23). Pero herido por este desdén un mestizo vocifera: "*que el más ruin mestizo del Perú era mejor que el mejor español*" (24), y la bravata continúa: "*Voto a Dios, que si salen cien españoles a my, que tengo yo docientos montañeses y si salen docientos españoles tengo yo cuatrocientos con qué les quebrar la cabeza*" (25). Todo se encamina a la rebelión armada, la primera rebelión de los mestizos. Es el año 1567. La conjura proyecta matar al Gobernador del Perú a puñaladas, luego desterrar a las autoridades españolas y hacerse dueños del país. Actuaban así "*porque estaban pobres y sus padres ganaron la tierra*" (26). Pero un español de la liga los delata por un prejuicio social: "*Pues yo no he de ser soldado de mestizos*" (27). El movimiento aborta, los mestizos caen presos, son conducidos a Lima.

Luego arriba a estas playas el Virrey Francisco de Toledo. Los mestizos tienen ya treinta o más años de edad. Los del Cusco siguen insoportables, muy crecidos en su soberbia. El gobernante visita el Cusco y los trata personalmente. Su conclusión es radical: nada útil sacará el rey español de los mestizos. Y como ya han pensado alguna vez en alzarse, pensará: son traidores. Y mientras el Virrey —siempre duro consigo mismo, callado y vestido de negro— medita la sanción para el Inca de Vilcabamba, firma una orden de captura para todos los mestizos reales mayores de veinte años, es decir, mocetones "*que pudieran ya tomar las armas*" (28). En la prisión se les dió tormento "*para sacar en limpio lo que se temía por confuso*" (29). Finalmente se les declaró culpables ¿de qué? nadie lo sabe, pero a todos los señalaban por traidores.

Garcilaso, sentimental y plañidero ante el recuerdo de sus condiscípulos de escuela, subrayará el pensar de su madres indias ante las rejas que las separan de los hijos; y así hará decir a una: "*sabido he que estás condenado a tormento, súrelo y pásalo como hombre de bien*

22. *Ibidem.* p. 116.

23. *Loc. cit.*

24. *Loc. cit.*

25. *Loc. cit.*

26. *Ibidem.* p. 115.

27. *Ibidem.* p. 116.

28. Garcilaso Inca de la Vega. *Op. cit.* Parte II, lib. VIII, cap. XVII, p. 368 del T. VI.

29. *Loc. cit.*— Aunque Garcilaso lo calla y el Virrey Toledo lo sobreentienda en su silencio, todas estas prisiones están referidas a la abortada rebelión de 1567.

sin condenar a nadie, que Dios te ayudará y pagará lo que tu padre y sus compañeros trabajaron en ganar esta tierra para que fuese de cristianos, y los naturales de ella fuesen de su iglesia. Muy bien se emplea que todos los hijos de los conquistadores murais ahorcados, en premio y paga de haber ganado vuestros padres este imperio" (30). Luego de estas frases arrogantes y dolidas, cargadas de desengaño, la india dará paso a un remordimiento de matiz pagano; por eso terminará diciendo: *"que pues los querían matar con tanta razón y justicia cómo se decía que tenían para matarlos, que matasen también a sus madres, que la misma pena merecían por haberlos parido, y criado y ayudado a sus padres los españoles (negando a los suyos propios) a que ganasen aquel imperio todo lo cual permitía el Pachacamac, por los pecados de las madres que fueron traidoras a su Inca y a sus caciques y señores por amor a los españoles"* (31).

Sea este episodio verdad o imaginación del Inca historiador, lo cierto es que el Virrey *"no condenó a ninguno de los mestizos a muerte, pero dióles otra muerte más larga y penosa que fue desterrarlos a diversas partes del Nuevo Mundo, fuera de todo lo que sus padres ganaron"* (32). Entonces fue que los mestizos —enrillados y caballeros en mula de la justicia— fueron llevados a Huamanga, de allí a Lima, terminando en el puerto del Callao. Aquí se les embarcó en diversas naos a los puntos más extraños e impensados: los mejores arcabuceros fueron desterrados a Chile, a guerrear contra los araucanos; los que carecían de esta fama tuvieron que viajar a Panamá, Nicaragua, Nueva Granada e Islas de Barlovento. Unos pocos fueron remitidos a España. Estos pocos, con renombre de traidores, frecuentaron el Consejo de Indias. Allí hicieron sus reclamos, también se defendieron. Los viejos Consejeros los debieron mirar con atención. Los hallarían enjutos de carnes, los ojos hundidos, barba rala, bigote pobre, tez morena y callados, muy callados. Eran hombres deshechos, enfermos, aporreados por la vida y con una fama nada envidiable que los hacía relicario de defectos. Allí estaban los mestizos reales del Cusco, los nietos de emperadores, los hijos de encomenderos hidalgos... ¡Pobres seres! ¡Parecían gitanos mal vestidos! ¡Qué desdichada generación de mulatos indianos! ¿Cómo era posible que se les hubiera ocurrido hacerse libres y forjar una nación independiente?

30. Loc. cit.

31. Loc. cit.

32. *Ibidem.* p. 369.